



## Capítulo 679: El Deber De Un Padre

La muerte está muy lejos de Tehom, tanto en sentido literal como figurado.

Dado que los Nevi'im representan el 98% de la sociedad y ya no pueden morir bajo el poder de Abaddon, los días en que tenían un final eventual han terminado.

Sin embargo, todavía recuerdan a los difuntos y no pueden recuperarlos.

Cuando Abaddon se apoderó de Helheim, menos del 1% de las almas fallecidas de Dola estaban realmente allí.

A algunos de los que sí lo lograron, se les ofreció la oportunidad de volver a la vida. La mayoría tuvo que permanecer muerta.

Lillian decretó que la muerte fuera algo natural para todas las criaturas.

Los Nevi'im son el colmo de los seres sobrenaturales.

Ella prohibió personalmente la resurrección arbitraria de cualquiera que ya hubiera muerto por causas naturales.

Los que fallecieron habían cumplido un ciclo muy intrincado y hermoso, por lo que se habían ganado el descanso y la reencarnación final.

Los pocos a quienes se les permitió resucitar inmediatamente, fueron aquellos por quienes ella tuvo especial compasión.

Como los niños que fueron asesinados o los que murieron en accidentes horribles. Aquellos que nunca tuvieron realmente la oportunidad de vivir.

No hace falta decir que para muchos fue una píldora difícil de tragar.

Los Nevi'im son seres inmensamente poderosos. En Tehom son más grandes que la mayoría de los dioses.

Y sin embargo, a pesar de todo su poder, estaban aprendiendo que habría algunos casos en los que no serían libres de ejercerlo.

El hecho de que desafíen las leyes de la naturaleza y la física, no significa que todo lo demás pueda hacerlo. Ni tampoco deba hacerlo.

Fue un poco perturbador para algunos, claro, pero también fue revelador y una experiencia humilde.

Por eso los Nevi'im honran inmensamente la muerte.

Es una de las pocas fuerzas que, aunque ya no los vincule específicamente, todavía es digna de reverencia.

Para honrar a sus seres queridos fallecidos, construyen cementerios bastante grandes.

A veces, pueden sentarse y observar a sus difuntos durante días o semanas.

Cuatrocientas millas al norte de la mansión Tathamet, hay un gran campo abierto, cargado de grandes rocas.

Se podían ver dos dragones muy grandes, sentados solos en la llanura cubierta de hierba.

Uno era un dragón oriental que se parecía casi perfectamente a una serpiente.

Sus escamas eran de un hermoso color púrpura brillante, como una amatista recién formada. Su belleza era algo de lo más maravilloso.

Su rostro, a pesar de ser monstruoso, poseía una belleza seductora, que provocaría una extraña sensación de atracción en cualquier humano que la viera.

El dragón que estaba a su lado era muy diferente.

No sólo era más grande, sino que tenía una complexión occidental repleta de músculos.

Todo en él era abiertamente audaz y poderoso. Irradiaba intimidación por cada poro de su cuerpo.

La columna vertebral del dragón estaba revestida de hojas rocosas, similares a piedras, que eran lo suficientemente afiladas como para recortar la barba del mismísimo dios.

Sus cuatro enormes alas envolvían a su compañera femenina, como una manta que la protegía del frío.

Sus miradas permanecieron fijas en el mismo lugar, durante lo que pareció una eternidad.

No fue hasta que el viento silbó en lo alto que finalmente levantaron la mirada para investigar.

Seras aterrizó justo frente a ellos, con su propia y aterradora apariencia escamosa.

Abaddon aterrizó a poca distancia, sólo para darle tiempo a la familia para hablar.



Seras se acercó a sus padres y, para su sorpresa, los acarició afectuosamente.

Si Hajun no estuviera de tan mal humor, ya se habría desmayado por la sobrecarga de ternura.

—Dask... Opsola. ¿Svabol re wux tirir tenpiswo? (Madre... Padre. ¿Qué estáis haciendo aquí?) —Yth... (Nosotros...) Kirina miró las rocas cercanas, que los dos habían estado mirando durante mucho tiempo.

Seras inspeccionó las tumbas y descubrió que parecían haber sido creadas recientemente.

Y a juzgar por el número, así como por la actitud de su marido y sus padres, eso sólo podía significar una cosa.

—No lo hiciste... —murmuró ella.

Kirina bajó la cabeza como si estuviera avergonzada.

“...Lo único que lamento es que hayamos tardado tanto en hacerlo”.

"No lo entiendo. ¿Por qué hiciste esto?", cuestionó Seras.

“...Porque durante mucho tiempo tu padre y yo no creímos que pudiéramos tener un hijo juntos.

Y cuando naciste, te hice una promesa de que te protegería de cualquier daño, sin importar el origen o las circunstancias...”

Seras sacudió la cabeza débilmente. "Madre, nunca te habría pedido que lastimaras a tus hijos...”

“¡Dejaron de ser mis hijos cuando te hicieron un daño tan horrible! ¡Tu padre y yo deberíamos haber hecho esto hace mucho tiempo!”

Hajun, la gran montaña de piedra a la que se parecía, finalmente habló.

"Ella dice la verdad, Seras. No debería haber permitido a nadie hacerte tanto daño.

Nadie."

Aunque no participaba activamente en la conversación, Abaddon seguía escuchando.

Él tenía sus propios pensamientos personales sobre el asunto, pero no los expresó por razones que sólo él conocía.

Sin embargo, notó algo en sus suegros que nunca antes había notado.



Estaban completamente locos.

También era padre y amaba inmensamente a sus hijos.

Si las circunstancias fueran al revés, y él estuviera en una situación en la que alguno de sus hijos estuviera siendo acosado por el resto... no sabría qué hacer.

Ningún libro para padres te prepara para algo así. (Él lo sabía porque leyó mucho cuando nació Thea). Hajun y Kirina descubrieron que su hija todavía sufría por su pasado y tomaron medidas letales de inmediato.

¿Fue la fuerza o la locura lo que les permitió hacer semejante cosa? Abaddon se inclinaba más a creer que se trataba de lo segundo, aunque quizá también tuviera algo de lo primero.

Como su señor supremo, sabía que debía condenarlos. Habían asesinado a sus ciudadanos a sangre fría, ignorando su estatus y posición actuales.

Pero como el hombre que amaba a su hija, con cada fibra de su ser, quería agradecerles por hacer algo con lo que había fantaseado durante tiempo.

La única razón por la que nunca lo hizo, fue porque Seras le había pedido expresamente que no lo hiciera.

Afirmaba que no pensaba en ellos, que sólo eran hormigas de su pasado.

Y él le creyó, porque ella parecía tan sincera en ese momento.

Nunca supo lo que le provocaría a ella, tan sólo verlos.

"No quiero soportar esta responsabilidad..." Aunque Seras pensó que ya no lloraría más, ahora demostró que aún tenía más que soportar.

"No seré la razón por la que tengas que llevar la sangre de tus hijos en tus manos... es una carga demasiado grande, incluso para mis hombros".

"No, Seras. Por favor, comprende que no nos has obligado a hacer nada. Lo hicimos por nuestra propia cuenta y solo nosotros asumiremos toda la responsabilidad".

Hajun envolvió a su esposa y a su hija bajo sus enormes alas.

Juntos, todos derramaron lágrimas por las grietas que aún no habían sanado en su familia.

Esta escena fue compleja, pero aún así entrañable.



Después de esto, Seras nunca volvería a ser la misma. Y tal vez ahora, tendría la relación con su familia que los años de trauma le habían arrebatado.

\* \* \*

"Entonces, ¿qué terminaste haciendo con esos dos?"

"...Oficialmente, los generales Hajun y Kirina dejarán sus respectivos cargos, para reflexionar sobre sus acciones en un aislamiento cerrado dentro de las montañas".

"¿Y extraoficialmente?"

"...Les he estado llevando comida y vino todos los días durante las últimas dos semanas. Y no veo la hora de que regresen a casa".

Kanami se rió entre dientes, sin mirar a su hermano.

"Te has convertido en todo un hombre de familia, hermano. Nunca lo hubiera imaginado".

Abaddon recordó brevemente su infancia pasada con sus hermanas.

Es cierto que no siempre fue el hermano más hablador y extrovertido en aquel entonces.

Tal vez por ser el mayor, heredó exactamente la mitad del poder de su padre. Su cuerpo no pudo seguirle el ritmo.

Pero Malenia y Kanami heredaron aproximadamente el 40% y el 35% respectivamente.

Lo peor que les pudo pasar cuando eran niños fue caerse accidentalmente por las escaleras mientras jugaban demasiado.

Y aunque amaba inmensamente a sus hermanas, el joven e inmaduro Exedra sentía un poco de celos, lo que hizo que se alejara de ellas cuando fue mayor.

No fue hasta que se casó con Sif que se abrió más a ellas y cultivó sus relaciones siguiendo su consejo.

Y estaba contento de haberlo hecho. El vínculo que tenía con sus dos hermanas era invaluable para él.

"La familia es importante, ¿no? Es todo lo que tenemos".

"Qué sentimental... pásame ese hacha."

"¿Tienes telequinesis?"



"Hazlo, idiota."

"Perra de pecho plano..."

"¡¿Qué fue eso?!"

—Nada, querida hermana —Abaddon sonrió inocentemente.

Abaddon hizo lo que le ordenó su hermana y le entregó una gran hacha de batalla, que era casi tan ancha como él.

Este era el ritual previo a la batalla, que ambos habían comenzado, desde que Abaddon desarrolló sus poderes y comenzó a participar en cruzadas.

Hacen que todos los miembros del Éufrates entreguen sus armas la noche anterior a una gran batalla, y los dos las afilan y las "bendicen" personalmente.

Hace maravillas para la moral.

Pero esta vez, los dos tuvieron un visitante muy particular que los acompañó.

"Zzz...."

Los ojos de Kanami se dirigieron a la mujer dormida en el suelo de su dormitorio.

Si no tuviera una vista perfecta, definitivamente creería que estaba confundiendo la visión de Seras con la de otra persona.

Nunca se hubiera imaginado que vería a su cuñada acurrucada como un gatito recién nacido en el regazo de su hermano, durmiendo tranquilamente.

Seras no era muy dada a sentarse.

Si tenía tiempo libre, normalmente hacía algunos abdominales o flexiones con una mano, después de haber estado sentada demasiado tiempo.

Era el tipo de mujer que casi siempre tenía que estar mejorando.

Y los preparativos de guerra normalmente le hacían vibrar algo en la sangre. La noche anterior a una batalla la ponía más nerviosa aún. (Y manoseada) "Nunca la había visto así antes... ¿Qué le hiciste exactamente esta vez?" Kanami se rió entre dientes.

Abaddon sabía lo que su hermana estaba insinuando, pero no podía atribuirse el mérito del reciente cambio de personalidad de Seras.

De hecho, habían estado teniendo menos sexo y pasando más tiempo juntos, besándose y abrazándose, como estudiantes de noveno grado.



Fue muy lindo.

Abaddon apartó un poco de cabello de Seras, mientras le sonreía con cariño.

"Mi amor finalmente está sanando... Y por una vez no tuve nada que ver con eso".

Kanami miró a su hermano con un poco de orgullo en sus ojos.

Abrió la boca, para decirle que estaba orgullosa del hombre en el que se había convertido, pero de alguna manera se le escapó algo completamente diferente.

"Bobo."

"Muérete."